presentación de sus antiguas é históricas juntas. Como ya hemos dicho con repetición en el curso de este largo escrito, no somos partidarios de la nivelación y unidad absolutas del régimen administrativo y político de todas las regiones que constituyen en la Península la Monarquía española, y es de creer y de esperar que cuando llegue el momento, cuya urgencia todos reconocen, de modificar las leyes vigentes, se han de tomar muy en cuenta las condiciones especiales del país vascongado; pero de la misma manera y por idénticas razones que se han de tener también presentes las peculiaridades de las demás regiones de España y de las diferentes agrupaciones urbanas que en ellas existen.

(Se continuará.)

ANTONIO MARÍA FABIÉ.

II.

LOS TRABAJOS CIENTÍFICOS DEL EXCMO. SR. D. JACOBO ZÓBEL DE ZANGRONIZ, ACADÉMICO ELECTO.

(1842-1896).

Con la muerte prematura del Sr. Zóbel, acaecida el día 7 de Octubre de 1896, no sólo su familia y sus amigos han padecido grave pérdida, más también la han sufrido ciertos ramos de la ciencia numismática é histórica.

Para dar á comprender el relevante mérito del Sr. Zóbel, ó exponerlo fundadamente, diré cómo se hallaban antes que él los cultivase estos ramos de la ciencia de la antigüedad. Aunque nuestro inolvidable colega el Sr. D. Antonio Delgado, en su grande obra numismática, de la cual tendré que hablar más adelante, ha dedicado sendas observaciones á algunos de sus predecesores, todavía creo que el fijar con más exactitud los progresos

que hizo el saber humano sobre un objeto tan importante no carecerá de interés común (1).

La gran cantidad de monedas de plata y de cobre que desde há muchos siglos han salido y salen diariamente del seno de las localidades multíplices y extensas, en donde se concentraba la vida de los pueblos antiguos de la Península, no pudo menos de excitar la curiosidad de los muchos hombres de saber que en España y fuera de ella se interesaban por su historia. El primer sabio español que les dedicó algunas observaciones, aunque ligeras y de paso, y que por cierto estaban lejos de acertar con su verdadera significación, es el ilustre *D. Antonio Agustín*. En sus muy conocidos «Diálogos de medallas y otras antigüedades», publicados por primera vez en su sede arzobispal de Tarragona en 1587, y después vertidos al latín y al italiano y reimpresos á menudo, que forman el primer manual popular conocido de la ciencia numismática antigua, cita ocasionalmente tres ó cuatro tipos ibéricos diferentes de los de la provincia citerior (son los números 6, 33, 103 de mis *Mon. ling. Iber.)*, una de la ulterior (la moneda Obulconense, núm. 120), y algunos fenicios de la rica serie de la moneda gaditana.

Más de medio siglo después *D. Vicente Juan de Lastanosa*, en 1645, publicó el catálogo de su colección de monedas que en su patria, la ciudad de Osca, y sus alrededores abundaban. Los dibujos que añade no tienen mérito; el principal interés de su obra consiste en que de ella se aprende cuáles de entre los tipos ya entonces eran los más frecuentes. No da ni siquiera un ensayo de explicación de los tipos y las leyendas; pero las disertaciones de los hombres doctos impresas en su libro después del catálogo, no carecen de interés. En la primera, el P. Pablo Albiñana de Rajas observa, el primero, que bajo la designación de *argentum Oscense*, tan frecuente en los libros del historiador romano Tito Livio, no ha de entenderse una moneda local de Huesca, sino más bien el

(1) Por lo tocante á los detalles bibliográficos, me refiero á las indicaciones que he dado brevemente en mi *Arqueología de España* (Barcelona 1888), pág. 187 y sig., y en latín con más extensión en los *Prolegomena* de mis *Monumenta linguae Ibericae* (Berlín, 1893).

conjunto de los denarios romanos de plata acuñados en España con leyendas ibéricas. La segunda, la del Dr. Juan Francisco Andrés de Uztarroz, contiene las primeras tentativas, harto infelices, de leer y traducir algunas de las leyendas ibéricas de las monedas de Celsa, Osicerda, Saetabis y Sagunto. La tercera, la del Dr. Francisco Ximénez de Urrea, refiere que en Longares, lugar cerca de Zaragoza, por estos años se habían encontrado juntas nada menos que dos mil monedas ibéricas con el jinete y leyendas diferentes, por D. Martín de Aragón, duque de Villahermosa. Es este el primer hallazgo de un tesoro ó *ripostiglio*, como los llaman los numismáticos italianos, cuya noticia se ha conservado; falta con todo un catálogo detallado de él.

A estos ensayos de investigación erudita, sólo un siglo más tarde, siguió el libro conocido de *D. Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores*, publicado por la Real Academia de la Historia y dedicado á la Majestad de D. Fernando VI (Madrid 1752); y por consiguiente, su autoridad, por mucho tiempo, debía prevalecer. El autor, caballero instruído y de raro talento, como se ve en todos sus escritos, inéditos en su mayor parte, y siempre caracterizados por cierta grandeza de ideas propias de su siglo—he hablado de ellos en extenso en el *Corpus incr. Lat.* vol. II, página XXII, y con más brevedad en la *Arqueologia de España*, pág. 190,—tuvo la idea poco feliz de fundar su interpretación del alfabeto ibérico, bien ideada por sí misma, sobre el alfabeto griego, en vez del fenicio. Mas esto no le impedía que se sirviese al mismo tiempo de los alfabetos latino, hebreo, siriaco, etrusco y hasta del rúnico de los pueblos del Norte, de donde resultaba una mescolanza de formas ajenas á la sana crítica. La ciencia paleográfica nacía entonces y daba los primeros vagidos; no ha de culparse á quien, como él, se atrevió á saltar por encima de las dificultades de tan ardua tarea sin conocer los medios necesarios para vencerlas. Sin embargo, con cierta adivinación, guiada sólo por el instinto, halló justamente la explicación de siete ú ocho letras del alfabeto; mas no supo guardar estricta consecuencia en la aplicación de estos hallazgos felices. A las mismas letras atribuía diverso valor en diferentes monedas; por manera que en su opinión, pocas hay que no tengan significado

doble. No fué difícil, con todo eso, al juicio imperturbable del esclarecido José Hilario Eckhel, fundador de la ciencia numismática moderna, el zapar por sus cimientos la teoría de Velázquez, que, como dice, no tiene más consistencia que un castillo de naipes, pronto á caer y deshacerse ante el soplo más ligero. Mas no debemos olvidar que Velázquez fué ciertamente el primero en comprender que casi todas las leyendas ibéricas contienen nombres de pueblos—con la única excepción de las de Obulco en la ulterior, que indican tal vez magistrados, y ni siquiera hoy les podemos dar interpretación más fundada,—y á distinguir los tres alfabetos diferentes, el celtíbero, de las costas orientales de la Península; el túrdulo, de la Bética, y el púnico, de las colonias fenicias, como él las llamaba impropiamente.

Muy superior á él por otros conceptos, así como lo era á todos sus antecesores y á muchos de los que han vivido después como historiador consumado, lo era también como numismático el preclarísimo *Flórez*. Sus méritos no necesitan otras alabanzas que las que le ha otorgado el no menos ilustre Eckhel, siguiéndole casi exclusivamente en su explicación del sistema monetal de las Españas. En la cuestión del alfabeto ibérico supo, con envidiable modestia, contentarse con lo cierto y claro. Enumera sólo, con su conocido acierto, las monedas con leyendas latinas y algunas de las púnicas; pero pasa por alto las celtibéricas. Poco más tarde, el ilustre orientalista Pérez Bayer, habiéndose dedicado al estudio de las monedas Samaritanas, á causa de los *shekel* de los judíos, hubo de entrar en el de las fenicias encontradas en España; y ocasionalmente leyó é interpretó bien por primera vez las bilingües de *Saetabis* (Játiva).

Apenas merecen ser nombrados al lado de estos sabios algunos aficionados provinciales, que de paso han tratado de algunas monedas ibéricas como los andaluces *D. Patricio Gutiérrez Bravo*, de Osuna; el *Conde del Aguila*, sevillano; *D. Pedro Alfonso O'Crouley*; el *Marqués de Algorfa*; un *Anónimo*, cuyos papeles guardaba el Sr. Gago en Sevilla, y otros; porque de sus trabajos la mayor parte han quedado estériles. No valen más los de *D. Cándido María Trigueros*, letrado madrileño de no buena memoria por sus varias falsificaciones. A mejor mención honorífica es

acreedor *D. Guillermo López Bustamante*, jefe benemérito de la Biblioteca pública de Madrid, el cual con gran modestia ha propuesto una solución del alfabeto ibérico harto lejana de la verdad.

Esas tentativas, bien que insuficientes, lograron cuando menos llamar, á principios de este siglo, la atención de varios extranjeros hacia el problema de la escritura ibérica. Sobre los materiales que ofrecían los doctos españoles, acudieron los extranjeros á edificar varios sistemas ó ensayos de interpretación que han visto la luz en todo el decurso de nuestro siglo.

Abrió la marcha el bien conocido numismático de Florencia *Domenico Sestini*, que pasó algunos años de su vida inquieta, y eran los de 1803 hasta 1810, en Berlín, empleado en el Real Gabinete Numismático (1). Publicando las monedas españolas que el conde de Viczkay, magnate húngaro, había reunido en su castillo de Medervar en su país natal, se sirvió, para la interpretación de las leyendas ibéricas, de un alfabeto que le había suministrado un médico español establecido entonces en Florencia, el Dr. Dámaso Puertas. Este alfabeto, como observó Delgado, es idéntico al de Bustamante, y tiene faltas gravísimas, entre ellas la de atribuir á una misma letra tres ó cuatro significaciones diferentes. Con su viva imaginación, supliendo á estos defectos, Sestini se lanzó á interpretar casi todas las leyendas entonces conocidas, sin más ley que su albedrío. Con todo eso, después de Velázquez ningún otro sabio logró tanta autoridad como él, de suerte que aun en estos últimos años, cuando el Sr. *Alfredo Rolder*, bibliotecario en Karlsruhe, comenzó á publicar su tesoro de la lengua antigua céltica, no vaciló en servirse para la transcripción de leyendas ibéricas, á su parecer de origen céltico, de las interpretaciones de Sestini, puramente fantásticas (2).

El problema, compliçado y casi sin medios de solución, perma-

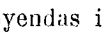
(1) Véase la noticia biográfica que de él dió en los *Berliner Blätter für Münzkunde* de 1867, pág. 1-28, el ya difunto director del Gabinete Numismático de Berlín Dr. *Julius Friedlaender*. Sestini murió en 1832.

(2) Véase *Rolder, altceltischer Sprachschatz* (Leipzig, 1891-1896), y mis observaciones en la *Deutsche Litteraturzeitung* de 1891, pág. 1814-1819.

neció en el mismo estado durante muchos años. En 1840 un numismático francés, brioso é intrépido, el *Sr. Feliciano de Saulcy*, antiguo oficial de artillería, que más tarde en muchos y muy diferentes ramos de la numismática ha dejado huellas de sus estudios siempre ingeniosos, pero algo superficiales, se aventuró á resolver la cuestión en su *Ensayo de clasificación de las monedas autónomas de España* (Metz, 1840). Le habían inducido á ocuparse en aquella clase de monedas los trabajos lingüísticos de dos sabios, uno alemán y otro francés, que poco antes habían parecido. *Grotefend*, de Hannover, Carlos Luis, animado por el grande éxito que su tio Carlos Federico había obtenido al descifrar las inscripciones cuneiformes de Babilonia, se puso á examinar atentamente las leyendas ibéricas, y sirviéndose muy bien de las pocas bilingües ya conocidas y á fuerza de combinaciones, llegó efectivamente á descubrir el sentido verdadero de dos ó cuatro letras, como el de la ⍓—*o*, como creyó él, que es más bien *u*. Su alfabeto, corregido y aumentado después de publicado el libro de Saulcy, fué útil á Delgado, como lo ha reconocido él mismo con gratitud. El docto catedrático de la Sorbonne *Carlos Lenormant* el padre, en su curso de lecciones de la Universidad de París, sostuvo con argumentos invencibles contra Velázquez y sus sucesores la tesis de que el alfabeto ibérico es hijo directo del fenicio, y no de un alfabeto griego. Lo prueba por las formas de algunas de sus letras, como la ⍱*i*, que evidentemente fueron sacadas directamente del original fenicio. Saulcy, siguiendo á Grotefend y á Lenormant, aunque tomó como era justo por punto de partida las monedas bilingües, no supo, sin embargo, explicar bien las bilingües verdaderas de Celsa, Gili y Obulco, é inventó bilingües de Obulco y Carbula, que no existen, no conociendo las de Saetabis y de Sagunto. Con estas faltas esenciales y con su ignorancia completa de las regiones de donde proceden las monedas ibéricas, atribuyéndolas á lugares elegidos arbitrariamente de todas partes de la Península, hasta las más distantes de su patria verdadera, no pudo menos de naufragar en el mar revuelto de lo desconocido. Su libro, ya casi olvidado, á pesar de sus faltas palpables, no carece de cierta valía, y me complazco en ofrecer á la memoria del hombre franco y amable, á quien

querían cuantos le conocieron, un tributo de gratitud y alabanza.

No hablaré, si no es con pena, del esfuerzo inútil que hizo en sus *Recherches numismatiques* sobre las medallas celtibéricas, publicadas en París (1852), pero nunca concluídas, el *Sr. Daniel de Lorichs*, ministro de Suecia en la corte de Madrid durante muchos años, colector diligente de monedas ibéricas, pero sujeto á la preocupación infeliz de reducir las leyendas ibéricas á abreviaciones de palabras latinas, significativas de magistrados romanos, para lo cual ideó un alfabeto de 267 letras simples y 135 ligadas:—su sistema ya lo condenó justamente Delgado.

Poco mejor fruto sacó de sus investigaciones persistentes el *Sr. P. A. Boudard*, que en su país natal de *Beziers* en la Francia meridional, la antigua *Baeterrac* ibérica, había reunido una buena colección de monedas ibéricas, sobre todo de las que suelen encontrarse en el actual suelo de Francia, pero que en la antigüedad y hasta mediados del siglo XVII pertenecía á España. Observó con acierto en su *Essai sur la numismatique ibérienne* (París, 1859), que las monedas escritas  *nerhncen* deben atribuirse á la colonia Narbonense en Francia, ciudad de origen ibérico. Además, con sus conocimientos, aunque escasos, del moderno vascuence probó que algunas formas de derivación que frecuentemente ocurren en las leyendas ibéricas, tienen cierta analogía con las flexiones ó casos aglutinantes de aquel idioma. Pero en lo principal, ó en el fijar el valor fonético de las letras ibéricas, no hizo ningún adelanto, persuadido como estaba de las formas gráficas de estos caracteres que resultaron de una mezcla arbitraria de elementos griegos, latinos é ibéricos.

Desde 1850 en adelante *D. Antonio Delgado* sacó á luz publicaciones numismáticas menores, dando explicaciones de monedas hasta entonces ó no conocidas ó mal leídas, y tomando la explicación del rico material de observaciones que ya desde joven había reunido bajo los auspicios de su padre D. Francisco Javier, amante de toda clase de antigüedades. Gran parte de los resultados obtenidos por un estudio paciente y nunca interrumpido durante largos años, han parecido en la obra por sí muy meritoria del *Sr. Aloïss Heiss*, ingeniero belga empleado algunos años en España. Delgado le comunicó con hidalga franqueza

todo lo que había anotado sobre monedas ibéricas. La grande obra del Sr. Heiss, la *Description générale des monnaies antiques de l'Espagne* (París, 1870), así como la otra sobre monedas visigodas, *Monnaies des rois Visigoths* (París 1872), escritas en francés y por eso al alcance de casi todos los que se dedican á estos estudios, sobre todo por sus láminas primorosamente ejecutadas por artistas hábiles franceses, no carece de mérito. Pero la cuestión del alfabeto ibérico no ha sido promovida en ella: lo bueno que en este respecto contiene se debe únicamente á las informaciones dadas al autor por Delgado; y en todo lo que el Sr. Heiss aumenta, quita ó reforma sobre lo que ya estaba establecido por aquél, es baladí ó puro desperdicio. Así que, no sin gran satisfacción de los amigos de Delgado, fué recibida la publicación, largo tiempo deseada, del primer volumen de la obra de toda su vida, el *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España*, como la intitulaba siguiendo el ejemplo de Saulcy. Ese primer volumen, publicado un año después de la obra de Heiss, en 1871, contiene, previa una reseña de muchos trabajos eruditos de sus antecesores, que juzga benignamente y con especial reconocimiento de sus respectivos méritos—con sola excepción, por supuesto, de Heiss,—un catálogo completo de las monedas falsas y mal leídas, que desde el tercer volumen de la obra de Flórez, publicado cuando éste era ya muy anciano y estaba poco menos que ciego, fueron estimadas genuinas por sus sucesores, removiendo así, como lo había hecho Eckhel en su gran sistema de numismática universal, todo lo incierto y falso antes de entrar en el campo de las investigaciones propias. Con envidiable facilidad plantea los fundamentos de su sistema de clasificación, adoptando enteramente los mismos principios de sana crítica que Flórez y Eckhel antes que él habían sentado. Para atribuir las muchas leyendas no bilingües á ciertas localidades, observa muy bien que como sitios de las respectivas cecas sólo pueden considerarse lugares en que se encuentran los mismos tipos en grandes cantidades juntos, como tesoros depositados en tiempos de guerra ó de urgente necesidad, ó repetidamente con cierta constancia, y sobre todo las monedas de cobre, mientras las de plata, el *argentum Oscense*, tuvieron una circulación

casi no limitada por una gran parte de la Península. Sabía perfectamente, lo que ignoraban los extranjeros como Saulcy y Boudard, que los tipos propios de la citerior y de su costa oriental, nunca ó casi nunca se encuentran en la Bética, y viceversa. Fundándose sobre esta observación justísima, que había aprendido de su padre, estableció con mucha mayor confianza, como Velázquez, las tres grandes clases de monedas españolas diferentes por la región principal de su circulación, por el carácter de la escritura en sus leyendas, y hasta cierto punto, también por su edad y su valor; es decir, las de la citerior, de la ulterior y de las colonias fenicias. Con estos principios sencillísimos obtuvo soluciones sólidas, como la de atribuir con certeza á Tarragona la rica serie de las monedas de los Cesetanos—no Cosetanos, como creía, inducido por una variante mala de los textos impresos de Plinio, no de los códices—y de su antigua capital Cissa, ya reconocida por Sestini; y á Osca los de los Celsithanes, como lo había adivinado Lorichs; y otras por este estilo. En su reducción del alfabeto ibérico operaba lo mismo con mucha sencillez y notable sentido común, sin llegar á un sistema paleográfico perfecto. Con Boudard distinguió las diferentes cláusulas que ocurren en ciertas leyendas é intentó valerse de ellas para distribuirlas geográficamente, pero no alcanzó á combinar esta observación con los demás indicios de origen. Algo adivinó sobre la sucesión cronológica de las diferentes formas paleográficas de una misma letra, pasando por mudanzas notables desde su primitiva semejanza á las fenicias redondas hasta asemejarse más bien á las cuadradas del alfabeto griego y latino. Pero no conociendo bastante la paleografía griega y latina, ni esta observación, de por sí justísima, no pudo llegar sino á ligeras correcciones de las atribuciones antiguas. Con todos estos elementos, que juntos podían prestarle el fundamento sólido de un verdadero nuevo método de clasificación, no se atrevió á ponerlos en acción para ordenar con eficacia la gran cantidad de unas 180 cecas y cerca de 650 leyendas diferentes. Contentándose con una división en dos partes solas, las de las dos antiguas provincias de la república romana, la ulterior y la citerior; en estas dos partes iba colocando las leyendas según el orden menos científico

posible, esto es el alfabético, incluyendo en el alfabeto griego y latino también el ibérico, según lo había ideado; siendo así que la enumeración alfabética obsta más bien que ayuda á la facilidad de encontrar las diferentes monedas. El primer volumen, principiando con la provincia ulterior, no abraza más que las monedas desde Abdera hasta Epora, entre púnicas, turdetanas y latinas. Las ibéricas sólo entran, ó se producen en los dos volúmenes siguientes: el segundo, publicado por el autor mismo en 1873; el tercero después de su muerte por varios de sus amigos y discípulos, como Berlanga, Gago y Pujol en 1879. Ambos contienen sus interpretaciones de aquellas leyendas enigmáticas, muchas de las cuales con cierta facilidad de adivinación explica bien, mientras que en otras no acierta. Con todos estos defectos palpables, la obra será para siempre, no sólo testimonio del perspicaz y sobrio talento de su autor, sino también el repertorio indispensable para estos estudios, sobre todo por las láminas abiertas con primor de corrección, aunque no elegantes.

Luengo parecerá mi preámbulo hasta llegar á los trabajos de *Zóbel*. Mas en esto consiste la claridad y propiedad del problema en cuestión, que no se ha resuelto por un hombre solo ni por una intuición momentánea, sino por las pacientes investigaciones de muchos, fundándose uno tras otro sobre paulatinos descubrimientos. No se puede bien comprender el mérito del último sin conocer completamente lo que hicieron los anteriores. Sobre la obra de su venerado maestro y amigo se alza la de Zóbel su preclaro discípulo, á cuya memoria estas páginas van dedicadas.

Cuando el que escribe estas líneas llegó, en 1860, por primera vez á Madrid, encontró en la casa de D. Antonio Delgado á un joven de diez y siete años, el cual había nacido en Manila de padre alemán y madre española, hija de un juez de la Audiencia del Archipiélago, perteneciente á una antigua familia de Navarra. Dedicábase sobre todo á los estudios farmacéuticos, para poder un día estar en su patria al frente de la grande oficina que poseía su padre. Pero más que la farmacopea y las ciencias medicinales que aprendía en la Universidad Central, le interesaba la ciencia arqueológica en todos sus ramos: la historia antigua, las Bellas Artes desde los principios de su desarrollo en

Oriente, en Grecia y en Roma hasta sus épocas más brillantes en la Edad Media, en Italia, en Alemania y en España; y sobre todo las monedas antiguas. Ya iba reuniendo su monetario, escudriñando las tiendas de los vendedores y estudiando los gabinetes públicos y de particulares. Muchas noches nos encontrábamos en casa del jovial y amable D. Antonio, y leyendo con él sus papeles numismáticos, que estaba ordenando y aumentando, sin poder decidirse á publicarlos; mientras el joven Zóbel le presentaba monedas nuevas por leer y explicar. Mucho aprendimos, teniendo al mismo tiempo el regocijo inagotable de oirle explicar sus teorías casi en la misma forma que más tarde las consignó en el primer volumen de su obra. No era difícil de observar lo que á Delgado le faltaba, no por culpa suya ciertamente, sino porque de su educación científica incompleta y de sus ocupaciones graves de empleado del Gobierno resultaba que ni había logrado la ciencia sólida de los idiomas clásicos, para servirse bien de los testimonios de los escritores antiguos, que no salen de cualquier compendio, como el de Cortés y López, sino de los originales; ni se daba cuenta de los sistemas monetarios de la antigüedad. Zóbel, educado en uno de los mejores Institutos de segunda enseñanza—Gimnasios se llaman en Alemania,—la «escuela de doctos» de San Juan de Hamburgo, el país natal de su padre, en donde había pasado los años seis á diez y seis de su vida, poseía aquel fundamento indispensable, leyendo el griego y el latín con facilidad. Advertido por mí trató en seguida de adquirir los libros de numismática necesarios latinos, como los ocho volúmenes en cuarto de Eckhel, y alemanes como el de Mommsen, y á estudiar detenidamente cuantas Memorias numismáticas escritas en alemán, francés, inglés é italiano—porque estos idiomas todos los entendía bien—se le brindaban. Visitó en 1862 y 1863 los Museos de París, Londres y Berlín, y en estas grandes capitales acogido fué como lo merecían su ilustración y sus vastos conocimientos, por los sabios Longpérier y Saulcy, R. A. Poole y Newton, Friedlaender y Mommsen. Así adquirió en el curso de los años gran familiaridad con toda clase de monedas antiguas, sobre todo de las españolas, de suerte que las conocía casi desde lejos y por el solo roce, anotando al paso las particularidades de los tipos

y leyendas y el estado de conservación de los ejemplares que podía ver y examinar. Reuniendo en sí tan raras prendas, pero indispensables para consumar la tarea, se puso ya entonces á componer su sistema general del monedaje español antiguo en sus relaciones con el griego, el púnico y el romano. Mas no quiso publicar algo de él antes de haber visto impresa la obra de su maestro, pareciéndole un deber de obligación el dejarle el mérito y la gloria de haber ideado el primero un trabajo de esta clase, á quien ha profesado hasta el fin de su propia vida la mayor gratitud. Se contentó con publicar Memorias menores sueltas.

La primera de éstas era el breve catálogo de las monedas libyfenicias, ó sean turdetanas, como luego comenzaron á llamarse, publicado primero en 1863 y en alemán en el periódico anual de la Sociedad alemana de estudios orientales (1), y luego repetida en castellano y con aumentaciones bajo el título *Noticia de varios monumentos que demuestran la existencia de un alfabeto desconocido empleado antiguamente en algunas de las regiones de la Bética*, en el *Memorial Numismático español*, al que por estos años habían dado comienzo algunos doctos especialistas de Barcelona (vol. I, Madrid 1866, pág. 7-41). El alfabeto en que están trazados los nombres de varias poblaciones del Sur de la Bética, cerca de Asido, la moderna Medina Sidonia, al lado generalmente de nombres escritos en latín, todavía no se ha podido leer con certidumbre. Zóbel se figuraba que la gente que las acuñó había venido desde Africa para ocupar terreno entre las colonias fenicias de la costa del Estrecho hercúleo, como Cádiz, y las tribus indígenas de aquellas regiones, suponiendo la existencia de cierta semejanza entre la escritura de aquellas monedas y la de las inscripciones aparecidas entre los Bereberes, y poco leibles también ellas. Invasiones de los moros del Africa septentrional dirigidas á las vegas fértiles de España sabemos que se efectuaron desde la segunda mitad del segundo siglo de nuestra era, época del Emperador Marco Aurelio. Mas no se sabe nada

(1) En este mismo volumen he publicado las leyendas fenicias de tres monedas africanas, de *Juburbo*, *Timici* y *Babba*, leídas y explicadas por Zóbel primero (página 547).

de sucesos semejantes en la época anterior á la cristiana, como lo supone Zóbel, ni son verosímiles. Con más probabilidad puede atribuirse esta acuñación á una raza indígena, cuya escritura fuese originada, como la de los demás pueblos de la Bética, del alfabeto fenicio, con el cual alguna semejanza muestra aunque lejana. Por su estilo y la escritura latina—pues son, como ya se ha dicho, estas monedas bilingües la mayor parte—pertenecen al último siglo de la República romana. Pero el mérito del trabajo de Zóbel no consiste en sus conclusiones generales, cuya verdad tal vez nunca podrá comprobarse, sino más bien en la descripción detallada de toda aquella serie, compuesta primeramente por él, de monedas raras y de muy difícil lectura. Su alfabeto aún hoy no está establecido con certidumbre.

De semejante índole es el segundo trabajo numismático de Zóbel, su *Ensayo de atribución de algunas monedas ibéricas de la ciudad de Salacia*, publicada primero en francés en la *Revue numismatique de Paris*. (Nueva serie, vol. VIII, 1863, pág. 369 y siguientes), y luego en castellano, en el ya dicho *Memorial numismático* (vol. I, 1866, pág. 97-110). Trata de ciertas monedas que con alguna frecuencia se hallan en la vecindad de la ciudad portuguesa Alcocer do Sal, la *urbs imperatoria Salacia* de los romanos—yo mismo he visto varias de ellas en la colección particular de S. M. el Rey de Portugal y de otros aficionados en Lisboa,—cuyo nombre indígena no es conocido, mientras el romano está derivado evidentemente de las salinas que practicaron los romanos en el estuario del río Sadão y la bahía de Setúbal. Su leyenda ibérica dice *eviom*, palabra de sentido del todo desconocido; pero que puede haber sido el ibérico de la gente que antes de los romanos allí habitaba. Tienen estas monedas en cinco ó seis variedades, además unas leyendas latinas, como *Odacis. a,—Sisbe. Siscra f.*, y otras, tal vez nombres de magistrados, como en las monedas de Obulco. Lo difícil está en saber si ésta puede combinarse ó no con la de las monedas latinas con la inscripción bien clara *imp(eratoria) Sal(acia)*, cuyos tipos sólo en parte coinciden con algunos de la serie ibérica, como los delfines, etc. Zóbel lo creía, fundándose primeramente en los frecuentes hallazgos de estas monedas en aquellas regiones de la Lusitania, y no en

otras. Su opinión ha sido rechazada por Delgado y Berlanga (1); á mí me parece verosímil, toda vez que el alfabeto de la leyenda ibérica se asemeja al de las inscripciones ibéricas del Sur de Portugal (*Mon. ling. Iber.* núm. LXII hasta LXXV), aunque no indudable.

Al mismo tiempo publicó por primera vez una moneda de la Bética, según el único ejemplar conservado en el Museo Nacional de Madrid, muy deteriorado, en el cual Delgado había leído VRCENS, mientras Zóbel con sus ojos de lince leía ƧIRPENS, introduciendo así la lusitana Serpa en la serie de poblaciones que acuñaron monedas (*Revue numismatique, nouvelle série*, vol. IX, 1864, pág. 12 y *Memorial numismático*, vol. II, 1868, pág. 38 y siguientes y 48), añadiendo un resumen breve de las monedas con tipos semejantes de la misma región.

A estas primeras tentativas de Zóbel ha de juntarse una breve noticia «Sobre la ciudad de *Baesippo*», que es una de las de la serie turdetana arriba mencionada. Se insertó en el periódico artístico fundado por el ya desde muchos años difunto, pero no olvidado, D. Gregorio Cruzada Villaamil, titulado *El Arte en España* (vol. I, 1863, pág. 24-28). Todos estos trabajos revelaban un talento raro de observación aguda y conocimientos nada comunes; pero les falta aún aquella madurez del juicio, que no era de esperar en un joven de 21 años.

El fruto más sazonado y más original de aquella primera época de sus estudios numismáticos es la memoria, escrita sólo en alemán, sobre un hallazgo de monedas hispano-fenicias, de plata, acaecido cerca de Cartagena, que por su importancia sobresaliente fué publicado al momento en las Actas de la Real Academia de Ciencias de Berlín (año de 1863, pág. 253-268, con dos láminas). Después de haber reconstruído este tesoro de unas noventa monedas de plata—muchas del mismo desgraciadamente fueron perdidas—y aumentándolo con las piezas similares existentes en muchas colecciones públicas y de particulares en España, procede á probar, con razones invencibles, que toda aquella

(1) Una atribución de todos modos imposible la tentó el Sr. de Longpérier en la *Revue archéologique*, vol. XII, 1865, pág. 325 y siguientes.

serie de monedas hermosas, que siguen el pie tiro-babilonio, usado por los cartagineses en sus posesiones de África y de Sicilia, y que llevan los tipos conocidos de Cartago, la palmera, el caballo y el elefante, en ejecución artística inmejorable, y además algunas letras sueltas fenicias, otra cosa no son sino la moneda corriente sacada de los inagotables tesoros de plata de las minas de Almazarrón y acuñada en Cartagena, su capital, por los soberanos púnicos de aquella parte de España, Hamílcar Barca y el grande Haníbal. Parte de esta serie de monedas era antes conocida, pero nadie se había fijado en buscar y determinar su fábrica, ó ceca, indudablemente española, ni en su valor histórico y artístico. Con este descubrimiento, aceptado y aplaudido desde luego por todos los conocedores de la historia numismática y antigua, Zóbel supo llenar un lamentable vacío en nuestros conocimientos de la historia de la antigua Cartago, de la administración de las provincias conquistadas por ella en España, y de las guerras púnicas, que forman un episodio tan importante, y de tantas consecuencias en la historia de Roma y en la universal del orbe.

En el año de 1864 el Sr. Zóbel, á ruegos de su padre, ya viejo y enfermo, regresó á Manila para encargarse de los negocios que muy pronto habían de pesar sobre sus solos hombros, aún juveniles, en razón de que su padre murió á fines de 1865 en un viaje que hizo viniendo á Europa con el objeto de hallar alivio á su salud vacilante. El hijo no pudo volver á Europa antes del 1875; y á pesar de no haber nunca dejado de ocuparse en la numismática, aun en Manila, sirviéndose de los libros que había llevado consigo desde Europa, y de los que desde allí me pedía y recibía continuamente, sólo en España, en donde se estableció con su familia por los ocho años siguientes, pudo reanudar el curso interrumpido de sus publicaciones. Encontró á D. Antonio Delgado aun vivo, pero ya retirado de los negocios públicos, y gozando el *otium cum dignitate* en Bollullos del Condado, su patria. Zóbel lo visitó allí, é insistía en que publicase el tercer volumen de su obra, habiendo parecido el segundo en 1873. Después de una nueva excursión á París, en donde Longpérier lo acogió con singular distinción y benevolencia, y á Berlín, en donde con-

versó á menudo con los antiguos amigos y algunos nuevos, como el Dr. de Sallet, sucesor que fué después de Friedlaender en la dirección del Gabinete numismático, y entonces su asistente, incitado por mis consejos y exhortaciones continuas, dió por fin principio á su obra grande.

Pero antes de comenzar su impresión, algo retardada por las dificultades de publicación que tuvo el *Memorial numismático*, se le ofreció la ocasión de dar al público una parte del trabajo, relativa á una de las series más interesantes de la numismática española; y es la de las monedas de Sagunto (1). Discreta observación casi única entre los muchos desatinos de las *Recherches* de Lorichs era aquella, que los quinarios—piezas de plata de cinco ases ó medio denario—ó sea victoriatos, por la cuadriga con la Victoria que llevan, y los semivictoriatos con las leyendas ibéricas *arsesacen*, *arsagroegra*, *arsecedr*, *arsegdr* y *arse*, que todas forman evidentemente una sola serie—Delgado las había distribuído entre varias poblaciones, según su hipótesis, poco fundada, de alianzas—pertenecía á Sagunto. Lo que Lorichs sólo había adivinado con su instinto sagaz, Zóbel lo demostró con argumentos invencibles. La serie de Sagunto tiene un valor histórico muy considerable. Sólo á Sagunto y algunas otras ciudades, muy pocas, fieles á su dominación, los romanos concedieron, como á su antigua aliada Masilia, el derecho de acuñar estas monedas de plata. Hubiera podido añadir Zóbel otra particularidad no menos notable. Pues que faltan en esta serie monedas griegas, que tiene Masilia, y pues que sus tipos no tienen relación ninguna con las monedas griegas de la isla de Zacynthos, que los romanos querían considerar como la metrópoli de Sagunto para disputar su posesión á los cartagineses, á pesar de que está situada al Mediodía y en la derecha banda del Ebro, el cual, según los antiguos tratados de Roma con la Cartago de África, debía formar la frontera de las posesiones romanas; resulta de este hecho

(1) Se publicó en alemán, en las *Commentationes philologicae in honorem Th. Mommsen*, Berlín, 1877, pág. 805-824; la obra grande de Zóbel no contiene más que un breve resumen de sus resultados; véase el *Memorial numismático*, vol. IV, 1879, página 127.

que el nombre de Sagunto no es de origen griego, sino ibérico, formado del *sacen*, la segunda mitad de su leyenda ibérica, de la cual ya Delgado había separado la otra *arse*, en que los romanos querían ver el testimonio de colonización latina, de la antigua población de Ardea en el Lacio. Todos estos lazos tendidos por la política romana se deshacen y anulan delante de la interpretación de las monedas de Sagunto, propuesta por Zóbel. La paleografía de esta larga serie de monedas ibéricas é ibérico-latinas, ofrece no pocas dificultades todavía, no resueltas definitivamente; mas al mismo tiempo ellas ofrecen los medios para fijar las épocas en el desarrollo universal de la escritura ibérica. En esto consiste el mérito del trabajo de Zóbel: la aplicación de los pesos y del quilate de los metales, ramo de ciencia cultivado en España, entre otros, por el Excmo. Sr. Vázquez Queipo, forma la base, en que se alza la distinción paleográfica, no dejando con todo á un lado ni sin vigor los demás distintivos, ya estudiados en parte por Delgado, ejecución artística de los tipos, colocación de la leyenda, signos que la acompañan, etc.

En el mismo año de 1877 se publicó por fin la primera parte de la grande obra de Zóbel (en el *Memorial numismático*, vol. IV, páginas 85-289, con cinco láminas), cuyo título *Ensayo histórico de la moneda española desde su origen hasta el Imperio romano*, fué elegido para significar dos cosas: que el estudiar este objeto no indicaba el haberlo explicado consumadamente en todas sus partes, y que en lugar de la enumeración alfabética ó lexicográfica seguía la geográfica y cronológica. Por eso mismo, la primera parte de la obra—dedicada «al insigne maestro numismático D. Antonio Delgado por su discípulo y amigo J. Z.—se ocupa exclusivamente de las monedas acuñadas por el sistema foceo, esto es, el de Masilia, colonia de Focea en la Asia Menor, y del púnico-sículo, esto es, el de los Cartagineses, introducido en Sicilia primero y después en sus posesiones de España. Las monedas de *Emporiae*, como la llamaron los romanos, la moderna Ampurias, y de sus alrededores, estudiadas ya por otros numismáticos, entran por primera vez en un sistema de acuñación, cuyos pesos y tipos procedían de las colonias foceas de la Italia meridional, como Velia, Kyme, Nápoles y otras, y últi-

mamente de Masilia, la colonia focea más cercana de las costas ibéricas. El sistema púnico-sículo está representado en España por algunas de las monedas de plata de Emporiae y de la vecina Rhode, hoy Rosas, por las de las islas Baleares acuñadas en Ebusus (Ibiza), que después ha expuesto y doctamente ilustrado el insigne numismático balear D. Alvaro Campaner, en su *Numismática balear*. (Palma, 1879, con once láminas), y últimamente por las de Cádiz. Todos aquellos pueblos, según este sistema, acuñaron monedas de plata y cobre; el oro sólo estaba reservado á la metrópoli Cartago de Africa. No hace excepción de esta regla un hecho que Zóbel entonces ignoraba, y es que existe, en efecto, una moneda de oro con los tipos de Emporiae y la leyenda EMΠO. Zóbel la descubrió dos ó tres años más tarde en la colección que entonces tenía en Madrid el Sr. D. Carlos Auban; no sé si aún existe esta colección y si la moneda de oro en cuestión, única, ha sido salvada de las vicisitudes de la posesión particular y depositada en el gabinete numismático del Museo Nacional, lo que sería muy deseable. Zóbel la publicó en la Revista arqueológica francesa (1), y probó con razones fehacientes, que es una imitación bárbara, acuñada sin duda en la Galia antigua; porque los tipos de Emporiae por los jefes de las tribus célticas en el mediodía de Francia, y hasta en la Britannia antigua fueron imitados á menudo; lo que demuestra la grande extensión é importancia del comercio de esta ciudad.

Volviendo á la obra de Zóbel, la otra mitad de la parte primera, publicada dos años más tarde en el *Manual numismático* (volumen IV, Madrid, 1879), se ocupa de las monedas del sistema tiro-babilónico acuñadas por los cartagineses (páginas 73-119); porque á este sistema pertenece la acuñación efectuada en Cartagena por los Bárquidas, de la cual ya hemos hablado antes. Mas no permitiéndole el carácter comprensivo de su obra entrar en los detalles, como lo había hecho en su Memoria anterior sobre este objeto, aquí no da más que un breve resumen de sus resul-

(1) *Monnaie d'or aux types d'Emporiae; Revue archéologique, nouvelle série*, vol. XLIV, 1882, pág. 28, con un grabado de madera.

tados, defendiéndolos contra las tentativas de algunos numismáticos extranjeros, como el Sr. Müller, de Kopenhague, que aun después de haber dado Zóbel las pruebas más concluyentes de su origen español, pretendía atribuir toda la serie al Africa Septentrional; en lo cual se equivocó evidentemente. Entra luego en la discusión de la ocupación romana y de su influencia sobre el monedaje español (páginas 122-208), tratando de los victoriatos y semivictoriatos de Masilia y Sagunto, cuya importancia había expuesto en la Memoria sobre las monedas de Sagunto, también ya antes mencionadas, y explicando el sistema de los denarios y ases romanos, que forman la base de la inmensa muchedumbre de los tipos propiamente ibéricos. Para ordenarlos histórica y sistemáticamente se sirve, además de la variedad de los tipos, los signos accesorios, la distribución de las leyendas en ambos lados de la moneda, y en primer lugar de las transformaciones del alfabeto ibérico, que en parte ya fueron observadas por Delgado, cuyas observaciones no deja de aumentar y de modificar oportunamente. Añade, para explicar la extensión sucesiva de la acuñación según el sistema romano, una reflexión histórica. Suponiendo que aquella acuñación no sea sólo una consecuencia natural é inmediata de la ocupación, cree que los ejércitos romanos mismos, en su marcha victoriosa en dirección de Norte á Sur y al Oeste y fijándose en los puntos principales habitados por los indígenas, estuvieran casi obligados para efectuar el sueldo de las tropas, ó se vieran en la precisión de acuñar monedas «con cierta homogeneidad», como se expresa «que acusa una dirección superior y regularizada» (pág. 141). Verdad es que en ninguna de las otras provincias romanas del Norte y Oeste, ni en las Galias, ni en Africa, ni en la Britannia, existía un monedaje semejante al de las Españas. Sin embargo, no hay que dudar que las monedas con leyendas ibéricas son autónomas, como siempre y con razón han sido tituladas. Las monedas de la república y las del imperio, siempre llevaban inscripciones latinas y nunca usaban un idioma peregrino, con excepción del griego, reconocido como lengua oficial al lado del latín. Tuvo la suposición de Zóbel, aunque fácil de ser impugnada, origen en el deseo natural de explicar un fenómeno tan singular, como lo

es la acuñación del *argentum Oscense*. El ejemplo de los cartagineses y la abundancia de la plata sacada de las minas del país, sin duda lo originaron, pero no lo explican bastante. El error manifiesto de Zóbel sobre su origen, corregido después por el Sr. Berlanga, no era de gran consecuencia. Insiste con justo motivo en que «para la clasificación geográfica de la emisión ibero-romana» no basta conocer la marcha de los ejércitos romanos, sino «que se debe partir exclusivamente de la comparación de la junta de caracteres distintivos que reune en sí cada moneda» (pág. 173). No es de extrañar que con este método, más nuevo todavía que el nuevo método de Delgado, acertase en establecer una distribución de esta parte más numerosa y al mismo tiempo más difícil de las monedas españolas, acreedora al nombre de científica.

Forma esta distribución la base de la segunda parte de su obra, publicada un año después de terminarse la primera, en el tomo v del *Memorial numismático* (Madrid, 1880, 300 páginas con dos mapas y seis láminas). No apartándose de la antigua y natural división según las dos provincias citerior y ulterior y principiando con la citerior, divide aquella, según las atribuciones seguras de la mayor parte de las monedas en cuestión, en cuatro regiones, la oriental, la septentrional, la central y la meridional, abrazando así toda su extensión desde los Pirineos hasta el salto Castulonense, que formaba su frontera en la ulterior. Dentro de cada una de estas regiones su enumeración procede en el mismo método del Norte al Mediodía y, respectivamente, al Oeste. Establece, pues, en la región oriental cuatro distritos, el Emporitano, Tarraconense, Ilerdense y Saguntino, que comprenden 46 cecas poco más ó menos, las series de monedas más antiguas y al mismo tiempo más variadas del monedaje ibérico, con tipos que acusan, sobre todo en los ejemplares más viejos, la influencia del arte griego. La segunda región, la septentrional, sigue Ebro arriba hacia el Nordeste y comprende los cuatro distritos Oscense, Pompaelonense, Turiasonense y Calagurritano, que han producido monedas en cerca de 24 cecas, menos bellas, pero también muy numerosas, y usando tipos imitados la mayor parte de ejemplares romanos. Casi lo mismo vale decir de la

región tercera, con los tres distritos de Numancia, el más occidental de todos, de Bilbilis, y de la muy disputada Segobriga, con cerca de 25 cecas. La cuarta ó sea meridional abraza los distritos de Cartagena, Acci (Guadix) y Castulo (Cazlona), predominando en sus casi 24 cecas, incluídas las islas Baleares, la influencia púnica. La provincia ulterior no es tan rica en monedas como la citerior; no comprende más que tres regiones: la oriental, orillas superiores del Betis y valle del Jenil; la meridional, costas del Mediterráneo, y la occidental valle inferior del Betis y Mediodía de Lusitania. La región oriental no tiene más que dos distritos; el Obulconense, con 8 cecas, de las cuales la Obulcononse sola ofrece leyendas ibéricas, pero muy variadas, y el Iliberritano, con 7 cecas y lo mismo una sola propiamente ibérica, la de Iliberris (Granada). La región meridional registra los tres distritos de Málaga (con Abdera-Adra), de Asido con Carteia, y de Cádiz con 23 cecas, entre las cuales se hallan las puramente púnicas y las que Zóbel llamó libyfenicias, conocidas desde su primer trabajo numismático. La región última y más occidental comprende en los tres distritos Carmonense é Hispalense, Myrlitense y Emeritense, Salaciense y Eborense 31 cecas de monedas puramente latinas, con la excepción única de las de Salacia, á la cual Zóbel atribuye, como hemos visto, las ibéricas con la leyenda *eviom;* con acierto, según mi parecer.

Esto es, el cuadro del sistema geográfico é histórico del universal monedaje español, ideado por Zóbel. No digo que su atribución de los cerca 650 tipos de monedas, diversos y atribuidos á las 188 cecas, no tenga puntos dudosos. Los tiene asimismo el sistema de Eckhel, su gran modelo. Pero claro es, que ninguno antes que él ha sabido manejar la gran masa de esos monumentos tan variados, con igual maestría del pensamiento y del saber. El sistema habla por sí mismo por su sencillez y por el sentido común que lo gobierna. El autor de estas líneas no está conforme con Zóbel en todos los detalles de sus atribuciones; y de sus interpretaciones de las leyendas ibéricas, considera no pocas incursas en error por falta de cierta severidad en la aplicación de las leyes paleográficas de la escritura. Sin embargo, considerándolo en general, no ha podido menos de adoptarlo esencialmente, con

solo ligeras modificaciones, en su obra, posterior á las de Delgado y de Zóbel, y por eso en la posición ventajosa de aprovechar los resultados ciertos ó verosímiles de ambas y de rechazar lo que en ellas le ha parecido menos perfecto. Si ésto lo ha hecho con acierto ó no, lo juzgará la posteridad. Pero como quiera que juzgue, en lo principal no hay duda que el sistema de Zóbel quedará en pie, las correcciones que admite y que necesita siendo todas de menor importancia. El actual estado de nuestros conocimientos del idioma ibérico, la combinación escrupulosa de todos los indicios que en cada ejemplar conducen á su atribución más ó menos cierta, no dejan, en mi concepto, de proceder mucho más allá de lo que Zóbel aportó á la ciencia arqueológica.

Ni el mismo autor consideraba su obra completa y consumada, á pesar de que los sabios de Alemania, Francia é Inglaterra, la recibieron con merecidos aplausos. Un extracto de ella en alemán, redactado por el autor, fué publicado en las Actas de la Real Academia de Ciencias de Berlín (año de 1863, pág. 806-832). El Instituto de Francia, Academia de las inscripciones y bellas letras, le otorgó, en el mismo año, la medalla de oro *(prix de numismatique Allier de Hauteroche)* á propuesta del Sr. de Longpérier (1), como premio del mejor trabajo numismático publicado en los últimos cinco años. El autor, aunque apartado de Europa —en 1882 había regresado á Manila con su familia para solo volver una vez más á España y Francia en el 1886—y lejos de los recursos del mundo científico, seguía, sin embargo, el movimiento literario en su ramo del saber con atención, procurándose todos los libros y hasta los periódicos que le interesaban. Se había propuesto publicar un tercer volumen de su obra, para añadir, corregir y defender sus opiniones. Había leído lo que dos sabios españoles habían publicado sobre ciertas partes del monedaje antiguo español, el Sr. Berlanga, en sus libros doctísimos sobre los monumentos de su patria, Málaga y sobre la España ante-romana en general, y el Sr. Pujol, prematuramente falle-

(1) Véanse los *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles lettres*, 4.e série, tome IX, 1882, páginas 158 y 319.

cido, pero después de haber publicado sus estudios interesantes sobre las leyendas ibéricas, en este BOLETÍN (volúmenes III, VII y XVI, 1890, páginas 321-360) y en la Revista barcelonesa de Ciencias históricas (vol. I, 1880, páginas 427 y 505 y siguientes, y vol IV, 1888, pág. 126 y siguientes). El que esto escribe había contado con su cooperación en la redacción de sus *Monumenta linguae ibericae*. Dócil como era é inclinado siempre á ceder á razones mejores, sin duda, si le hubiera sido dado vivir y aprender más—porque vivir y aprender para él eran lo mismo,—su sistema lo tendríamos hoy día mejorado en no pocos puntos. Obras humanas, todas son imperfectas; así lo era la de Zóbel. Mas su imperfección resulta más bien del objeto que de los talentos y del celo del autor. Con su muerte inesperada, como con la de Delgado y Pujol, la numismática propiamente ibérica, no parece sino que ha quedado huérfana. Ojalá que entre los jóvenes de talento que se dedican á estudios de este género se hallen muchos que, como el Sr. D. Antonio Vives, con el entusiasmo noble por la antigüedad de su patria, sepan combinar el saber sólido y el método, hijo de la sana crítica, que en Zóbel tanto resplandecieron.

No me cumple el emitir un dictamen sobre su vida y su carácter en general. Sólo me complazco en consignar que así como las autoridades más competentes le reconocieron desde su juventud relevantes y preclaras dotes, y juicio agudo y recto en los negocios públicos, nombrándole consecutivamente en su país natal subdelegado de Farmacia, vocal del Ayuntamiento y consejero de administración, y adornando su pecho con altas condecoraciones, como la gran cruz de Isabel la Católica y una encomienda de Carlos III, á cuyos juicios, después de su muerte, se ha unido el pronunciado últimamente por el ilustre Director de esta Real Academia (BOLETÍN XXIX, 1896, pág. 552); así todos los que lo conocían, no de lejos, sino por relaciones íntimas, sabían que su patriotismo magnánimo nunca aspiró á otra cosa, ni consagró todo su corazón y poderosa inteligencia sino al bien y al progreso de la nación ibérica.

España ha perdido en Zóbel uno de sus hijos más nobles; su familia y sus amigos una alma leal y candorosa, y un hombre

del genio más simpático; la ciencia numismática un investigador de ingenio profundo, de talento vastísimo, de laboriosidad asidua, inquebrantable y felizmente coronada de honor y de gloria duradera por sus maravillosos inventos.

Berlín, Enero de 1897.

EMILIO HÜBNER.

III.

RELACIONES HISTÓRICAS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII POR LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES.

Desde que la Sociedad de Bibliófilos Españoles comenzó á dar fe de su existencia con las *Cartas de Eugenio Salazar*, hasta el presente, ha ofrecido á la curiosidad de los doctos y aficionados á las lecturas sabrosas 32 volúmenes, que son otros tantos actos positivos del acierto y discreción de aquella Sociedad. El último de esos volúmenes, como todos impreso con esmero y bien cuidado en sus condiciones editoriales, nos fué ofrecido para nuestra biblioteca por su colector el Excmo. Sr. D. Francisco R. de Uhagón, como la primera prueba justificante de que no en vano y por genial benevolencia le había concedido la Academia el título de correspondiente, trayendo así dicho señor, á manera de ofrenda de gratitud, el diploma de su competencia para las investigaciones de sana erudición, que aquí es el mejor pergamino de nobleza intelectual.

No era menester ésto para que la Academia no se arrepintiese de su acto, aunque cierto es que esa nobleza debe aprovechar todos los elementos de bien probada. Porque de antiguo viene que el Sr. Uhagón justifique su competencia, unas veces con excavaciones provechosas en yacimientos arqueológicos, alguno antes por él que por ninguno otro explorado, de lo que da testimonio nuestro BOLETÍN; en otras ocasiones, registrando los archi-